

JUAN: DE BOANERGES A DISCÍPULO DEL AMOR

El Evangelio de Cristo tiene poder para transformar vidas (1 Cor. 1:18). Jesús aseguró a sus discípulos que recibirían ese poder: «*Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo*» (Hech. 1:8).

La palabra “poder” en este texto aparece en el griego como “dúnamis”, que significa “capacidad”, “fuerza”. El término “dinamita” proviene de “dúnamis”, con el que se designa un explosivo tan potente, capaz de hacer desaparecer una montaña y cambiar así la orografía de un terreno. El único poder capaz de transformar una vida humana está en Dios, quien obra a través de su Espíritu en el corazón del individuo, haciendo de él una criatura nueva (2 Cor. 5:17). Esta fue la experiencia de Pablo, que de perseguidor de los cristianos pasó a ser perseguido por sus antiguos hermanos judíos, por causa del cambio que se operó en su corazón. También fue la experiencia de Juan. Él no fue siempre el discípulo del amor.

Juan conoce a Jesús

Juan era galileo de nacimiento, hijo de Zebedeo y de Salomé (Mar. 15:40). Tenía un hermano que se llamaba Jacobo (Mat. 4:21). Zebedeo y sus dos hijos eran pescadores. Estaban acostumbrados a adentrarse en el mar y a arrancarle el sustento cotidiano. Juan había aceptado las buenas nuevas del Evangelio a través de la predicación de Juan el Bautista (Jn. 1:35-40). Cuando Cristo comenzó su ministerio público, Juan y Andrés, el hermano de Simón Pedro, fueron los primeros discípulos en aceptarle como Mesías. Juan siguió a Cristo de forma permanente cuando Jesús comenzó su ministerio en Galilea. Jesús le hizo un llamado directo, así como a su hermano Jacobo y a Pedro y Andrés (Luc. 5:1-11).

Juan y su aprendizaje

Unos meses más tarde, Juan, llegaría a ser uno de los doce discípulos que formarían el grupo de los apóstoles de Cristo (Mat. 10:22). A partir de esos momentos Juan siguió a Cristo donde quiera que fue y se volcó en la obra de aprender del Maestro divino, hasta el punto que llegaría a formar parte del grupito de íntimos de Cristo, junto con Pedro y Jacobo.

Fue un gran privilegio para Juan recibir del Maestro divino el agua divina que salta para vida eterna (Jn. 14:4). Durante más de tres años anduvo con Cristo y pudo presenciar su vida y obra. Nosotros, como Juan, también podemos ingresar en la escuela de Jesús. Podemos contemplarle en las páginas sagradas de la Biblia, podemos recibir directamente de su mano el agua que sacie nuestra sed. ¿Lo deseamos?

Juan y sus defectos de carácter

Pero debemos tener en cuenta de que Juan no siempre fue el discípulo del amor. Cuando conoció a Cristo y decidió seguirle, el Maestro le apellidó, junto con su hermano Jacobo, “Boanerges”, que significa “hijo del trueno” (Mar. 3:17). Juan tenía un carácter muy impulsivo y agresivo, era criticón, egoísta, desconfiado, «*ligero para resentirse por el desaire y la injuria*» (Eca, 52). Discutía acaloradamente con los otros discípulos acerca de cuál sería de ellos el mayor o más importante (Luc. 9:46), lo cual significa que él tenía también aires de grandeza y había puesto en muy alto lugar su “yo”.

En una ocasión reprendió a unos que trabajaban de forma independiente, es decir que no pertenecían oficialmente al grupo de los seguidores de Cristo (Luc. 9:49). En otra ocasión le dio a Cristo la “brillante” idea de que descendiera fuego del cielo y consumiera a los habitantes de una aldea samaritana que no habían querido recibir a su Maestro (Luc. 9:52-56). Juan era un hombre tosco y necesitaba un poder especial que transformara su vida. Ese poder, esa fuerza –dúnamis- estaba en Cristo, quien deseaba transformarlo así como al resto de sus discípulos.

¿Eres acaso como Juan? ¿Tal vez orgulloso? ¿Tiendes a criticar a los demás? ¿Tal vez te sientes herido con demasiada facilidad por los otros? ¿Eres agresivo e impulsivo? ¿Libertino y egoísta? No importa lo que seas, lo que importa es lo que Jesús puede hacer por ti. El tiene el poder para transformar vidas. ¿Le dejarás que lo haga?

Juan y su transformación

La transformación de Juan no se operó de la noche a la mañana, sino que fue un proceso. El ingresó voluntariamente en la escuela de Cristo, al igual que los otros discípulos. Jesús era el Maestro y ellos los alumnos. Las materias que Cristo imparte tienen tal profundidad que pueden llegar a transformar la vida de sus alumnos, y metodología no tiene parangón, pues cualquier alumno puede llegar a graduarse en su escuela con la mejor calificación. ¿Queremos ser alumnos de la escuela de Jesús?

Ahora bien, la actitud del alumno es de suma importancia. Hay alumnos que miran el techo o pensando en la luna cuando el maestro habla. Pueden pasar los años y no haber aprendido nada. Otros, sin embargo, pueden absorber de tal manera la materia que en poco tiempo lleguen a saber tanto como su profesor o más.

Hay **tres** condiciones para aprender en la escuela de Cristo y recibir el dúnamis del Espíritu y Juan lo sabía y lo aplicó a su vida:

1. Estar listos para detectar los propios errores: «*Los que estaban listos para ver sus propios defectos... tenían amplia oportunidad de lograrlo*» (Eca, 57). (Sal. 19:12).

2. Sentir un vivo deseo de mejorar el carácter: «*Los que... se sentían ansiosos de mejorar su carácter... tenían amplia oportunidad de lograrlo*» (Eca, 57). (Sal. 42:1).
3. Aprovechar cada lección que Cristo nos imparte: «*Juan sintió la fuerza de esta(s) lección(es) y la(s) aprovechó*» (Eca, 57). (Sal. 119:11).

Juan y su testimonio

A medida que Juan bebía de la fuente de la sabiduría de su amado Maestro, obtuvo la más alta educación y su carácter se transformó.

De Boanerges se convirtió en el discípulo amado, o discípulo del amor (Jn. 21:20). Cuando Cristo fue arrestado lo siguió hasta el palacio del sumo sacerdote y no le importó que le reconocieran como seguidor del que consideraban un sedicioso, en contraste con Pedro que se ocultó y quiso pasar desapercibido. Juan estuvo al lado de la cruz y Jesús le confió el cuidado de su madre (Jn. 18:15; 19:26). Al oír que la tumba de Cristo estaba vacía, temprano el domingo de mañana corrió al sepulcro para verificarlo y llegó antes que Pedro (Jn. 20:1-10).

Juan contempló al Cristo resucitado y también lo vio cómo ascendía a los cielos con la promesa de que regresaría otra vez. Después de la ascensión, Juan y los otros diez discípulos permanecieron en el aposento alto en Jerusalén perseverando unánimes en la oración (Hech. 1:13-14). Juan y los otros discípulos recibieron el dúnamis –poder- del Espíritu Santo en la lluvia temprana (Hech. 2:1-4), que les capacitó para predicar el Evangelio.

¿Eres capaz de reconocer a Dios aún en las peores circunstancias de tu vida? ¿Puedes, en los momentos difíciles, escuchar su voz y valorar lo que siempre ha hecho por ti? Su vida fue un grato olor suave y hasta hoy da testimonio del poder del Evangelio. ¿Quieres ser transformado, cual Juan, de Boanerges en discípulo del amor? ¿Quieres que tus imperfecciones sean quemadas por Cristo en el altar del perdón? ¿Quieres realmente ser una nueva criatura?

Que el Señor nos ayude a imitar a Juan en su fidelidad y ejemplo, y podamos reflejar la imagen de Jesús en nuestra vida tal y como la reflejó el discípulo del amor. Amén.

José V. Giner
Pérgamo (Turquía), 12 agosto 2005